



SENSACIONES EN MI JURA DE BANDERA

Javier YUSTE GONZÁLEZ



E podría decir que la expresión «a la tercera va la vencida» viene como anillo al dedo en mi caso, ya que la tercera vez que traspasé el umbral de la puerta Carlos I de la Escuela Naval Militar de Marín, hace ahora un año, fue para nuestra jura como civiles (la mía y la de mi hermana), junto con la de los nuevos cadetes.

Podría decirse, en cierto modo, que no es el primer acto de este tipo al que he asistido en calidad de protagonista, ya que cuando contaba 24 años, en el acto de investidura como licenciado en Derecho, tuve que jurar lo siguiente: «Preocuparme por la promoción del hombre y de la Justicia. Respetar la cultura y el pensamiento cristianos.



Defender y venerar a la Universidad que me ha formado y tenerla siempre como estímulo y guía». De todas formas, aquel acto no fue para mí ni una milésima parte de importante como lo fue mi Jura de Bandera.

De forma inconsciente quise marcar a fuego en mi mente las palabras que, seguro, quedan impresas en las mentes de los cadetes de la Escuela Naval Militar de Marín y que están plasmadas en la plaza Álvaro de Bazán: «Honor, Valor, Disciplina y Lealtad». Honor en mi actuar durante la carrera, ahora y siempre; valor al enfrentarme a los obstáculos, siempre hacia adelante; disciplina al no dejar nunca mis obligaciones de lado, y lealtad hacia mis valores y hacia mis compañeros.

Desde la primera vez que asistí a un acto en la Escuela Naval Militar me entró el gusanillo por jurar nuestra enseña. Fueron semanas de larga espera tras la presentación de la instancia, que compartí con mi querido amigo y vecino Francisco Javier Heredia, capitán de Intendencia, a quien admiro y respeto profundamente. Felizmente, la ocasión llegó, y recibí la notificación del teniente de navío Bartolomé Navarro para la celebración del acto el día 17 de noviembre de 2007. Desde entonces miraba continuamente al cielo para ver

cómo estaba el tiempo. Y es que siempre que he ido a la Escuela Naval Militar el cielo, invariablemente, ha estado encapotado y cumpliendo, en mayor o menor medida, sus amenazas de lluvia.

Y llegó finalmente el día. Tras pasar varios controles llegué al aparcamiento del edificio de Dirección de la Escuela, que bien merece un artículo, ya que me parece un bello inmueble por su sencillez y su marcado sabor marinero. Allí es donde conocimos en persona al teniente de navío Navarro, que tan amablemente había atendido y contestado nuestras dudas por teléfono.

Ya cercano el momento de ir ocupando nuestro puesto en la grada (y buscando con la mirada a cierto alférez del Ejército de Tierra, reservista voluntario, amigo e invitado para la ocasión, que no aparecía por ningún lado y que, al final, hizo acto de presencia), se nos presentó a quien iba a ser el primero de todos los que iban a jurar, el cual respondía al nombre de Cecilio. Tuvimos un diálogo digno de una película de los hermanos Marx:

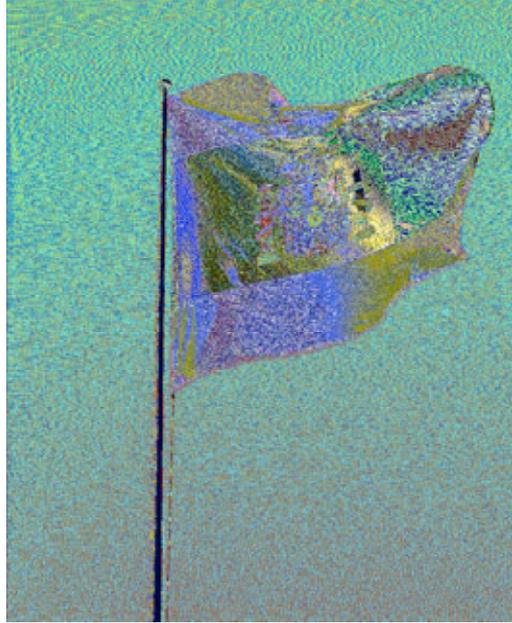
—Hola, soy el primero —dijo Cecilio.

—Hola, soy la penúltima —replicó mi hermana, fiel a su estilo Bridget Jones.

—Hola, yo no sé en qué puesto estoy —rematé la faena.

La verdad es que la cara que puso el buen hombre no tiene precio...

No creo necesario hacer ninguna crónica sobre el acto general en sí, ya que es algo que todos conocemos. Las únicas incidencias fueron el desmayo o indisposición de tres aspirantes, que tuvieron que abandonar la formación (uno en volandas), y el frío que nos atenazaba a todos los presentes. Hacía tiempo que no sentía, de forma tan salvaje, la mordedura de acero de la humedad como cuando estaba formando en fila para dirigirme a la Bandera con los demás compañeros. Pero, a la vez, hacía también mucho tiempo que mi corazón no palpitaba tan acelerado. Cuando arranqué, tras el empujoncito del teniente de navío que estaba con nosotros (Augusto), el cual tengo la sensa-



VIVIDO Y CONTADO

ción de que tuvo que insistir no por mi miedo o nerviosismo, sino porque ya no sentía ni veía qué había a los lados, sólo una bandera al fondo, fue cuando la tenaza se aflojó.

Me dirigí a la Bandera con mucha resolución, según dicen, yo no sé, quizá queriendo ser uno más con todos esos hombres y mujeres de mar que besaron el mismo paño que yo. Me hace feliz pensar que durante aquellos momentos era como ellos, aunque igual lo haya sido siempre de alguna manera. Eso pienso, ya que me considero hermanado mediante este acto a ellos, a todos, no sólo a los presentes, sino a los que ya pasaron hace muchos años y a los que, seguro, vendrán. Marinos de corazón. Se cumplió de alguna manera un sueño frustrado.

Es difícil ordenar en mi mente ese momento, entre la sensación que da caminar solo, ante las miradas de todos y las posteriores felicitaciones de los caballeros oficiales con los que te cruzabas. A uno, en vez de darle las gracias por su enhorabuena, le solté un «encantado», aunque creo que ni se enteró. Nerviosismo y emoción. Sin duda, uno de mis mejores momentos, que se vio colmado con la entrega del diploma que certificaba mi juramento (el cual me cogió nuestro amigo, el alférez de Tierra al que antes me he referido, y no lo soltaba ni a tiros, más orgulloso imposible el hombre).

Tras el brindis, los minutos (y diría, tranquilamente, que más de una hora) pasaron entre alguna que otra felicitación, fotos, anécdotas y comentarios que iban desde ascensos y traslados a situaciones límite a bordo de un submarino, pasando, incluso, por la arquitectura o aventuras universitarias. Nos quedamos solos en la plaza Álvaro de Bazán mientras se recogían las mesas, y me fui con un regalo que me hizo el capitán de Intendencia Heredia: su alfiler de corbata, que guardaré siempre con mucho cariño.

Testigo de todo fue una sombra gris que se escurría entre los peldaños de piedra, un gato de ojos verdes que se me quedó mirando antes de desaparecer tras la capilla... como una mirada del pasado.

Seguramente me dejó muchas impresiones en el tintero.

